

Para la hora del “Ángelus”.

Domingo, 22/03/2020 - IV Domingo de Cuaresma

El evangelista Juan relata pormenorizadamente, en el capítulo noveno de su evangelio (9, 1-41), lo que podríamos definir como el paradigma de la estupidez humana. Jesús había curado a un ciego de nacimiento. Lo hizo con una terapia a todas luces inapropiada para la medicina actual y la de todos los tiempos: con un poco de barro hecho con su saliva, que untó en los ojos del ciego, y lo envió a lavarse en la piscina de Siloé. Después de tan singular tratamiento, aquel hombre, que nunca había visto la luz del sol, contempló admirado el sol, la tierra y los hombres que la habitamos. En aquel episodio hubo dos sorpresas: una, el método curativo, tan inadecuado que obligaba a pensar que no había sido el barro ni el agua de la piscina, sino el poder de Dios el que había actuado; la otra, haber hecho todo eso en sábado, día de descanso absoluto para los israelitas. A propósito de esto último empezó a activarse la estupidez, por no decir ceguera, de unos hombres tan seguros de sí mismos que hasta negaron que aquel hombre hubiese sido ciego de nacimiento, cosa que era patente para todos los que lo conocían, y sobre todo, se negaron a reconocer que allí se estaba mostrando la mano de Dios.

En este relato se cruzan dos itinerarios inversos: el del ciego, que termina confesando abiertamente su fe en Jesús, lo que le valió el ser expulsado de la sinagoga, y el de los fariseos, que de ser las personas más religiosas de su tiempo, o eso pensaban ellos, terminaron con los ojos del alma totalmente incapacitados para “ver” a Dios. Aquel mismo día, al oír a Jesús diciendo, con un deje de amargura, que él había venido “para que los que no ven, vean, y los que ven se queden ciegos”, protestaron afirmando que ellos no estaban ciegos. A lo que Jesús respondió: “si fuera así, no tendríais pecado; pero como decís que veis, vuestro pecado persiste”. Que tome nota la moderna increencia.

Este tiempo de confinamiento, al que nos está sometiendo el virus, es propicio para evaluar nuestra lucidez y descubrir qué sentido tiene la vida: si se trata de vivir para uno mismo, para ser feliz y punto, o de hacer lo posible para que otros lleguen a ser felices, confiados en lo que Jesús querría decir a todos al final del camino: venid, bienaventurados, porque me sentía desgraciado, solo y perdido, e hicisteis que me sintiera feliz. Con palabras de Raoul Follereau, un hombre que dedicó su vida a curar a los leprosos, oremos:

Señor, enséñanos
a no amarnos sólo a nosotros mismos,
a no amar solamente a nuestros amigos,
a no amar sólo a aquellos que nos aman.

Enséñanos a pensar en los otros
y a amar, sobre todo, a aquellos
a quienes nadie ama.

Concédenos la gracia de comprender
que, mientras nosotros vivimos una vida demasiado feliz,
hay millones de seres humanos,
que son también tus hijos y hermanos nuestros,
que mueren de hambre,
sin haber merecido morir de hambre;
que mueren de frío,
sin haber merecido morir de frío...

Señor, ten piedad de todos los pobres del mundo.
Y no permitas, Señor,
que nosotros vivamos felices en solitario.

Haznos sentir la angustia
de la miseria universal,
y líbranos de nuestro egoísmo. Amén.